

BX1431

Z2

TS

V.3

EL COLEGIO DE GUADALUPE

EL ANGEL DE LOS OROSCOS TISCACUEN

Tomás T. L. L.



Biblioteca Universitaria
Universidad Nacional Autónoma de México



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

00118



EL COLEGIO DE GUADALUPE

LO IDEAL.

SOLO las almas libres comprenden y saben apreciar el valor de la libertad. Los esclavos se complacen en la esclavitud. El que después de haber andado errante en el bullicioso torbellino del mundo, después de haber aprendido á conocer el verdadero valor de los hombres, juzga de todo con imparcialidad, y penetrando en los diversos senderos de la vida, busca su felicidad en sí mismo, ese es libre.

El camino es en verdad sombrío, áspero y escarpado; mas cuando se ha llegado, aunque con trabajo á la cima, conduce de seguro á pacíficos asilos, á encantadoras riberas, al espacio libre y puro. La soledad nos proporciona una completa independencia cuando de buen grado hemos reconocido sus ventajas y cuando de ella nos encariñamos. Deseo indicar el camino de esta felicidad á los jóvenes, á los hombres sencillos y honrados, á quienes deseo ser útil. No quiero que acepten la soledad arrastrados por el despecho, y sí por la indiferencia á inútiles distracciones, por el ajenamiento.

001524

to de frívolos placeres, por una sabia desconfianza de preocupaciones equívocas, por el temor de llegar á ser el juguete de engañosas seducciones.

Muchos deben á la soledad su fuerza y superioridad de espíritu. Semejantes al cedro, que sobre las montañas desafia á las tempestades, han arrostrado en el retiro el soplo de las malas tentaciones. Algunos quizá habrán conservado en este último asilo las debilidades propias de la humanidad. Pero ¡cuántos han dado pruebas de una firmeza inquebrantable! Todo esfuerzo sincero y generoso para conseguir la virtud; todo cuanto tiende á elevar el espíritu; toda empresa atrevida, excita en nosotros un sentimiento de admiración. Un monje á quien anima un pensamiento noble y enérgico es también un héroe; una religiosa, cuya alma, sostenida por un pensamiento ideal, consigue adquirir una tranquilidad comprada con sacrificios, excita en nosotros una emoción más profunda que cualquiera otra mujer dotada de las mejores prendas

¡Cuántas veces he reconocido yo lo digna de estimación y de benevolencia que es una religiosa sincera! ¡Cuántas me he sentido penetrado de un profundo respeto hacia los héroes de esta profesión, por su tierna piedad, su fé religiosa y su perseverancia en vencerse á sí mismos! ¡Cuántas me ha parecido un convento un grato asilo lleno de dulces consuelos para las aflicciones de nuestro corazón! En estos silenciosos y sombríos retiros jamás he podido menos de ver la eficacia de tal género de vida para infundir en el espíritu una verdadera virtud. Con frecuencia me ha ocurrido estrechar la mano de un pobre monje; y jamás he salido de un convento de religiosas, sin entermecerme hasta derramar lágrimas!

Empero mis consideraciones acerca de la soledad no deben limitarse al recinto de los claustros; intento adaptar la beneficiosa idea que tengo de la soledad, al mundo en que vivo que influye sobre mí, al par que yo pueda influir sobre él, porque hay en verdad corazones

jóvenes en los que estas reflexiones pueden dar ópimos frutos.

Hay épocas en la vida en que es necesario estar solo; en la juventud, para adquirir la instrucción y los conocimientos que son de desear á fin de formarse un modo de pensar que se conserva mientras vivimos; en la vejez, para recordar el camino que se ha recorrido, para reflexionar sobre todo lo que nos ha sucedido; en las gratas flores que en nuestra ruta hemos recogido y en las borrascas que nuestro destino nos ha hecho pasar.

Lord Bolingbroke dice que en las obras del canceller Bacon no hay pensamiento más bello y profundo que el siguiente: «Debemos desde luego prescribirnos siempre, en la vida y en nuestras acciones, un fin honesto, virtuoso y posible y aplicarnos á él con todas nuestras fuerzas, con el objeto de predisponer nuestra alma á todas las virtudes. Mas al formar nuestro carácter moral no debemos seguir los procedimientos del escultor, cuyo cincel concluye bien una cabeza al paso que deja lo restante del cuerpo en el estado de grosera é informe piedra; debemos, por el contrario, imitar á la naturaleza, la cual, en la conformación de una flor, de un animal, desarrolla á la vez y bien todas las partes de su cuerpo.»

La soledad no es solo una necesidad, sino una precisión para todos los que, efecto de una sensibilidad muy exquisita, ó de una suma impresionabilidad nerviosa, no pueden soportar la vida del mundo y tienen siempre queja de los hombres y de las cosas. El que se deja aterrar por un incidente que á cualquier otro no causaría la menor emoción; el que se crea dolores quiméricos, el que se desconsuela porque no consigue inmediatamente lo que desea, el que se atormenta sin cesar con los sueños de su imaginación, que se cree desgraciado porque no vé correr ante sí la dicha, el que ignorando él mismo lo que quiere pasa á cada momento de un deseo á otro, el que todo lo teme y de nada

goza, este no ha nacido para la sociedad, y si la soledad no le cura, no hay remedio para él en el mundo.

Estar solo, lejos del ruidoso torbellino social, es el primero y el más ardiente deseo del alma, cuando no halla en el teatro del mundo más que hombres que no comprenden la desgracia tímida y silenciosa y solamente se aperciben de aquel sufrimiento cuyos gritos resuenan en su oído.

Estar solo en un profundo y desierto retiro es un consuelo para aquellas penas que desgarran el corazón. Cuando ha sido preciso separarse para siempre de un ser querido, dolor más horrible que el que podemos sentir cuando la mano de la muerte viene á apoderarse de nosotros, solo la soledad puede mitigar nuestra desesperación. En vuestra alma trémula creéis ver á veces hundirse la tierra bajo vuestros pies: en este momento terrible en que es forzoso dar el último adiós á los que durante largos años han sido el todo para vosotros, y que jamás olvidareis un solo instante se necesita retirarse á la soledad pero esforzándose en crearse en ella una ocupación, y consagrar la mente á diversos y variados pensamientos.

¡Ah! cuantos profundos dolores hay que el mundo no vé, cuyo peso solo nosotros debemos soportar, y á los que no podemos resistir más que en la soledad.

Figuraos por un momento que llegais inquietos á un país donde todo os es extraño, donde la desgracia doquier os abrumba, donde á cada instante correis el riesgo de caer en la desesperación, donde sin cesar teneis á vuestra vista la agonía de la muerte, donde nadie os comprende ni puede comprenderos, donde no encontráis en vuestro camino sino zarzas y espinas, donde, por último, estais condenados á perder lo más querido que tengais en el mundo: cuando hé aquí que de repente, en este país de desolación, en este luto de vuestra alma, se os tiende una mano cariñosa; y que una voz que parece venir del cielo, os dice: «Ven, quiero enjugar tus lágrimas, quiero infundir valor á tu espíritu

de las locas tentaciones del mundo: la soledad te reclama. ¡Yo quisiera retenerte en tu estudioso retiro, animar, fortificar tus nobles intenciones é inspirarte ese justo y noble orgullo, que en las funciones que un día tendrás que desempeñar, te impida estimar el mundo en más de lo que vale.

La razón te prescribe salir de un círculo demasiado estrecho para rodearte é inspirarte grandes ejemplos. Aprendiendo á conocer á los verdaderos hombres de la Grecia y de Roma, adquirirás poder y fuerza para vencer todos los obstáculos.

¿Dónde se encuentran ejemplos más ilustres de la grandeza humana? ¿Quién ha demostrado más valor guerrero, más celo por la ciencia y más clara razón? Lanza lejos de tí todo lo vano y frívolo, y no aspiras sino á lo que verdaderamente merece ser buscado é imitado. La nobleza sola y la riqueza á nadie elevan. Diez y seis cuarteles ó extensas propiedades son una ventaja, pero no constituyen un mérito. Tus disposiciones son buenas, puesto que oyes y reconoces estas verdades, y sabes que el que no aprecia más que las cosas pequeñas, jamás llegará á ser grande. Deja á las mujeres contar de sus antepasados, que hace setecientos años solo se distinguan yendo á la guerra á caballo; en tanto que los villanos los seguían á pié. Cuenta los hombres de tu familia que no han huido en las batallas y no han robado á los pasajeros en los caminos; recuerda á aquellos de tus antecesores que han hecho nobles acciones, cuya memoria conserva la historia nacional y cuyo nombre está inscrito en las crónicas extranjeras; pero ten presente que nadie es realmente grande si no por sus actos propios y sus propias virtudes.

Gracias al escritor que con notable talento ha dicho: Si veis un jóven de elevada inteligencia retirarse del mundo, volverse melancólico, hablar poco, demostrar por su frialdad y su reserva el desprecio que los malos le inspiran, quejarse poco de la injusticia de los hombres, reconcentrando en sí mismo las penosas amargu-

ras que aquello le hace experimentar; si advertís que su talento despide brillantes ráfagas como el relámpago que resplandece en medio de la noche, y sumirse después en un largo silencio; si observais que todo lo encuentra árido en todo su alrededor y todo le inspira aversión y fastidio, ¡oh! contad de seguro que es una preciosa planta que solo espera una mano hábil para desarrollarse. Cuidadla: que sea para vosotros sagrada; cometeríais un homicidio hollándole con vuestros piés.

Tal planta constituiría mis delicias; la abrigaría contra mi corazón; la cultivaría con amor; la robaría á las miradas de los pedantes que se encolerizan al ver á un jóven que demuestra más talento que el que ellos tienen. Con un soplo alejaría de mi hermosa planta todo ese enjambre de maestros inspidos y enervados. Mas si el jóven no se presentase franco y dócil, si no se amoldase á las maneras sociales, le dejaría á veces chocar contra las rocas, y le vería tranquilamente caer, en ciertas ocasiones, donde un hombre de experiencia ni aun vacila aunque él no pueda ya hacer lo que el jóven.

La libertad y el sociogo: he aquí lo que se necesita cuando se aspira á desplegar en el retiro toda su actividad. Dejad á tal hombre solo; todas sus fuerzas se pondrán en movimiento; dadle libertad y descanso, y producirá sin comparación mucho más que si se agitate todos los días, fatigada su alma en el centro de vuestras reuniones. Sabios que jamás piensan, que no pueden encontrar en sí idea alguna y que no solo conservan la memoria, se ponen á compilar y son felices. Mas para el espíritu es una satisfacción mucho más elevada poder, en la soledad, hacer algo que contribuya al bien público. El silencio y la obscuridad calman una cabeza ardiente, reconcentran los pensamientos á un mismo punto é infunden al alma un valor que nada la detiene y que todo lo emprende. Los enemigos por muchos que sean, no inquietan al hombre que tal alma tiene; sabe que puede conseguir su objeto cuando

abatido, quiero ser el confidente de tus penas y ayudarte á soportarlas. Quiero sacarte de tu tristeza, hacerte gustar aún de las bellezas de la naturaleza y los beneficios de Dios, que derrama también en esta comarca sus dulces consuelos. Quiero sentir, pensar contigo, abrirte un nuevo horizonte, recoger para tí las flores que se encuentran en el camino de la vida, hablarte de cuantos te aman, de cuantos se ocupan de tí con estimación y confianza; probarte que todos los hombres no son tan malos como tú los crees, y que algunos te lo parecen porque no te conocen. Quiero apartar de tí todos los cuidados, hacerte gozar de una existencia grata y pacífica y trabajar en corregir tus defectos. Tú también corregirás los míos, formarás mi corazón y me enseñarás lo que sabes. Si después de haber saboreado durante muchos años el encanto de esta existencia que así se os ha ofrecido; si después de haber probado tan dulce consuelo en las más terribles adversidades de la vida; si después de haber esperado que en el último momento esa mano compasiva os cerraría los ojos, os teneis que ver privados de semejante afecto, de tal desinterés no os queda, para vencer vuestros pesares y para aprender á luchar contra el destino, otro asilo que la soledad.

En la soledad contemplamos de más cerca el ojo que todo lo ve,

Cuando cesan en nuestro derredor todos los vanos rumores, nuestro corazón comprende mucho mejor este grande feliz pensamiento: que Dios nos mira, nos rodea, nos domina, y todo lo dirige por su poder y su bondad. En el retiro, Dios se nos presenta por todas partes. Libres de la embriaguez de los sentidos, animados de más puros deseos, de una alegría más ideal, pensamos más seria, libremente y con mayor confianza en nuestra suprema felicidad, y nos creemos ya gozarla con solo pensar en ella. Nuestro piadoso recogimiento aleja de nosotros las ideas groseras y los cuidados serviles.

La soledad nos acerca á Dios cuando mantiene en nosotros sentimientos tiernos, humanitarios y el influjo de una saludable desconfianza de nosotros mismos. Cuando al lado del lecho de un moribundo observaba yo los esfuerzos que nuestra pobre naturaleza opone á su destrucción, los tormentos que la hace experimentar cada minuto que roba á la muerte; cuando yo veía á aquel desgraciado levantar al cielo sus manos trémulas y dirigirle, al encontrar alivio, fervientes acciones de gracias; cuando escuchaba sus palabras entrecortadas, sus lastimeros suspiros, y observaba las tiernas miradas de cuantos le rodeaban, me sentía confundido, abrumado, y me retiraba á un sitio apartado para lamentar la suerte de la humanidad y mi impotencia en aquel sublime momento en que tan vivos y profundos deseos abrigan de socorrer á aquel infeliz. ¡Ah! cuando en estos tristes pensamientos del corazón me inclino ante Dios, cuán bien comprendo que no debemos fiarnos, ni en la fuerza de la vida, ni en la ciencia, en la que el hombre funda una esperanza, un consuelo! Jamás me levanto de la cama sin pensar en que si aun existo es por milagro de Dios; jamás cuento los años que he pasado en el mundo sin dar gracias á la Providencia por haberme sostenido más de lo que esperaba, y de haberme conducido con una fuerza incomprensible por un mar lleno de escollos. No puedo menos de enmudecer y adorarle en silencio, cuando á cada momento conozco mi debilidad, cuando todos los días veo sucumbir á mi lado, y en la flor de la edad, á hombres que no pensaban en peligro alguno y que se creían estar á salvo por mucho tiempo de los tiros de la muerte.

¡Oh! tú, joven amable que en el seductor y las más veces engañoso comercio del mundo no has abdicado aún los principios de virtud; tú que aun no estás infectado con la ponzoña de la frívola ociosidad; tú que en los impulsos é imágenes de una ferviente galantería no has perdido el deseo y la fuerza de acometer grandes empresas, y que sabes huir en las grandes sociedades

nera sus amigos deben pasar el tiempo. Mas ¡con qué rapidez se deslizarían sus días si pensara en los resultados que cada minuto tiene en la eternidad!

Petrarca nos enseña la ventaja más preciosa del tiempo, y nos muestra el objeto que quisiera dar á conocer con mis reflexiones. Si queremos, dice, servir á Dios, que es el acto mayor de libertad y el mejor medio de ventura; si queremos elevar nuestra inteligencia por el estudio de las letras, que después de la religión es la más dulce alegría; si por nuestros pensamientos y por nuestros escritos queremos dejar una obra que nos dé un nombre, que detenga el curso rápido de nuestra vida y prolongue la duración de esta existencia tan fugitiva, ¡ah! huyamos, yo os lo ruego, y pasemos en la soledad el poco tiempo que hemos de vivir en este mundo.

Estas consideraciones ideológicas acerca de la soledad nos conducen como por la mano á hablar de los monasterios, los monjes, los frailes y todos aquellos que, huyendo del bullicio del mundo, han buscado la soledad de los claustros.

Algunos escritores afirman que el origen de los monasterios es casi tan antiguo como el de la religión cristiana, fundados en que desde los primeros siglos de la Iglesia hubo hombres y mujeres que, huyendo de los peligros del mundo y de las persecuciones de los Emperadores romanos, y especialmente de la séptima en tiempo de Decio, y por los años 249 al 251, abandonaron sus casas y haciendas, y se ocultaron en los subterráneos y cavernas de los desiertos, pasando los días en soledad, y haciendo una vida penitente. Pero si bien es cierto que desde los primitivos tiempos del cristianismo existieron *solitarios, anacoretas, ermitaños ó monjes*, igualmente lo es que no hubo verdaderos monasterios hasta que San Antonio, hacia el año 280, hizo prosélitos y constituyó en el Egipto superior hermandades de varios individuos que habitaban celdas inmediatas, observaban un mismo método de vida y

seguián unos mismos preceptos; siendo el santo su primer superior con el nombre de abad que le dieron sus compañeros.

Así como las comunidades de hombres debieron su origen positivo á San Antonio, las mujeres tuvieron por su primera fundadora á una hermana de este cenobita, que buscándole se retiró á su lado en compañía de otras mujeres vírgenes, ansiosas de dedicar su vida á la penitencia. San Pacomio, sucesor en la abadía de San Antonio, hizo construir en las márgenes del Nilo, un monasterio para aquellas piadosas doncellas, en él se dieron á una vida austera, practicando toda clase de virtudes.

Mas aunque desde el siglo III se conocieron estos monasterios, su número no fué muy crecido hasta después que Constantino dió la paz á la Iglesia. Entónces se fundaron en el Oriente innumerables y extensas casas de varones y de hembras, adoptando los primeros por regla el código de preceptos que con este objeto escribió San Basilio el Grande. Los monasterios de mujeres se rigieron por la misma regla, porque su institución se afianzó con las fundaciones hechas por Santa Eufrasia, viuda del senador Antígono, y por Santa Macrina hermana de San Basilio. Estas dos señoras de ilustre nacimiento y de una belleza singular, levantaron considerable número de monasterios en la alta Thebaida y en los desiertos del Ponto, dándoles además de la regla general, estatutos particulares que prescribían la virginidad, la pobreza, el amor á Dios y al prójimo, la práctica de las virtudes, la oración y el trabajo.

Propagados unos y otros establecimientos por el Oriente, no fueron, sin embargo, conocidos los monasterios en Occidente hasta que San Martín formó uno en Milán y otro en Marmontier, (dos leguas de Tours en Francia), San Honorato y otros Obispos y varones piadosos alzaron más tarde varios monasterios, y por último, San Benito, los extendió, fundando en Monte Casino en el año 529 uno notable y escribiendo una re-

quiera y lo único que desea es: que tarde ó temprano se haga justicia á todos. Vé en verdad con dolor los horrores de este mundo, honrado el vicio por la muchedumbre, reinando aún la preocupación sobre las masas y oirá decir á veces: Esto debía ser así y no lo es; airado entonces con una simple plumada amilanará al malvado, y con otra aterrará al ignorante preocupado.

En el retiro es donde mejor se descubre la verdad á los grandes pensadores, á los hombres de genio. Un escritor que es muy citado, Blair, ha dicho que una ocupación constante en las pequeñas cosas diarias de la vida, indica una alma vulgar y vana. Una alma más grande y pura deja tras sí al mundo, aspira á más elevadas satisfacciones y las busca en la soledad. El patriota pide á la soledad un asilo para formar en él proyectos de utilidad general; el hombre de genio, para entregarse á sus ocupaciones favoritas; el filósofo para continuar sus descubrimientos; el santo, para progresar en la gracia.

Numa, antes de dictar leyes á Roma y ejercer el supremo poder, habiendo perdido á su mujer, se retiró solo al campo. Pasaba sus días en los lugares más desiertos, en los bosques, en los valles, consagrados á los dioses, diciendo la voz pública que no hufa de los hombres por melancolía ni por desesperación, sino por que él mismo aseguraba que tenía una noble y grata compañía: que la ninfa Egeria le amaba, se había casado con él y le colmaba de felicidad, iluminando su espíritu y dándole lecciones de alta sabiduría. Se hablaba también entre el vulgo de druidas que, así en las cimas de las montañas, como en el interior de los bosques, enseñaban á los nobles de su raza la sabiduría y la elocuencia, la naturaleza íntima de las cosas, el curso de los astros, los misterios divinos y las leyes de la eternidad. Si esta tradición de los druidas, así como la historia de Numa, no son mas que un cuento, demuestra sin embargo cuán noble idea se ha formado en todos tiempos de la sabiduría, que se adquiere en la calma de la soledad.

Universidad de Nuevo León

BIBLIOTECA

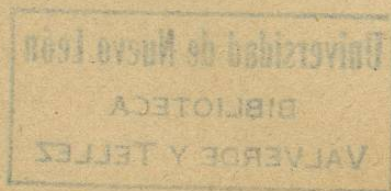
VALVERDE Y TELLEZ

Muchas veces, sin ningún recurso extraño, sin estímulo alguno, se despierta el genio del hombre y se manifiesta por su propia fuerza en la soledad. En medio de los horrores de la guerra civil, había en Flandes muchos pintores célebres, pero pobres. El Correggio se vió tan mal pagado por sus trabajos, que la alegría que experimentó, al recibir en Parma una suma de diez doblones, le costó la vida. El sentimiento de su propio valor recompensaba á estos artistas; pintaban para el porvenir.

Profundas meditaciones en sitios solitarios dan á veces á la inteligencia, á la imaginación, el más rápido y el más enérgico vuelo, haciendo brotar en aquella los más grandes pensamientos. En aquellos sitios tiene el alma una satisfacción más pura, más duradera, más fecunda; allí vivir es pensar. A cada paso avanza el alma más hácia el infinito, palpita de entusiasmo en este libre goce de sí misma, y se eleva más y más en la reflexión de grandes pensamientos y en el apego á resoluciones heroicas. En un lugar solitario, sobre una montaña de los alrededores de Pymont, se decretó uno de los acontecimientos más memorables de la historia moderna. El rey de Prusia, que había ido á aquel sitio á tomar las aguas, se ocultaba con frecuencia á la sociedad, y se dirigía solo á esta montaña que hoy se llama Koenigsberg (Montaña del Rey); allí concibió el jóven monarca el proyecto de su primera guerra de Silesia.

En la soledad, se aprende mejor que en la vida agitada del mundo lo que el tiempo vale, que el ocioso no aprecia lo bastante sin cierta actividad de espíritu. Aquel que trabaja con ardor á fin de no llevar una vida inútil, no puede pensar sin espanto en la marcha de un reloj de segundos, imagen patente y horrible de nuestra existencia y de la carrera rápida del tiempo.

Un solo día es un abismo insondable de hastío para la vieja mundana que languidece toda la mañana, hasta que aprende por sus ruegos y preguntas de qué ma-



gla que fué aprobada en 595 por el Papa San Gregorio el Grande. Desde esta época comenzó el anhelo de fundar monasterios en Occidente, y por espacio de muchos años, así los antiguos como los nuevos, recibieron la regla ordenada por San Benito.

Lo mismo en esta que en la de San Basilio se prescriben la perfección evangélica, la vida contemplativa, la enseñanza de los oficios, artes y ciencias, y el trabajo constante en la agricultura, pero la dada á los orientales es mucho más rigurosa.

En los primeros siglos fué libre entre los cristianos fundar monasterios y acomodar á su arbitrio la disciplina monástica, y los Obispos protegieron singularmente y tomaron bajo su amparo á los fieles que se apartaban de la vida ordinaria para consagrarse al claustro, ejerciendo sobre ellos todos los derechos inherentes á la jurisdicción episcopal. También crearon muchas veces á su costa casas en donde sin distinción de ninguna especie hallaban asilo, abrigo y consuelo la virtud, el remordimiento y el dolor.

Esta libertad de fundar y escoger reglas fué haciéndose perjudicial en el transcurso de los años, y á fin de evitar los males que se tocaban, se acordó en el canon XIII del IV Concilio de Letrán, por el cual se prohibió terminantemente y bajo pena de excomunión, establecer nuevas Ordenes religiosas diferentes de las que á la sazón existían; previniéndose que el que quisiera establecer una casa, adoptase una de las reglas ya conocidas. No obstante este precepto se fundaron después muchas Ordenes siendo preciso que el Concilio Lugdunense ó de León celebrado en el pontificado de Gregorio X, renovase la prohibición y declarase nulas las fundaciones hechas sin el consentimiento de la Silla Apostólica. Desde entonces está reservada á la Santa Sede la aprobación de las nuevas Ordenes religiosas.

A pesar de la ilimitada facultad de fundar monasterios que hubo en los siglos siguientes á la conversión de Constantino y á pesar de la especial predilección con